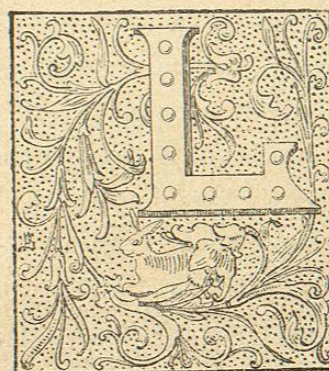




CAPÍTULO VI

QUINTA COALICIÓN

EUROPA EN 1809.—RATISBONA.—ESSLING.—WAGRAM.—WALCHEREN.—TRATADO DE VIENA



Los triunfos de Napoleón habían ya arrojado de España á las tropas inglesas, y en un par de meses la nación entera iba á quedar sometida. Cerrados los últimos puertos de Europa al comercio británico, observándose el bloqueo continental desde San Petersburgo á Cádiz, sólo quedaba un recurso á los enemigos de Napoleón para detenerle: tal era encender nuevamente la guerra en las márgenes del Rin ó del Danubio. De este modo, divididas sus fuerzas, se le obligaría á dejar España con una parte de su ejército, y entonces sus lugartenientes, debilitados y rivales entre sí, serían vencidos más fácilmente. El gobierno inglés encontró aún apoyo en Austria.

A pesar de las derrotas anteriores y del talento de Napoleón, la situación política de Europa y de Francia parecían favorables para tentar de nuevo la suerte de las armas. Las dificultades que había hecho surgir Napoleón con la guerra de España constituían una causa de debilidad para su poder, cada día más grave. «Todos han abierto los ojos,—decía José de Maistre en 1809,—ante la santa causa de la insu-

rección española... Si España se mantiene firme, vamos á presenciar uno de los mayores y más singulares espectáculos que jamás se haya visto: tal es el de una gran nación, acostumbrada á la monarquía, constituida en república por la fuerza de las circunstancias, aunque peleando siempre en nombre de un rey nominal, sin que sea fácil prever el término de semejante situación... Por otra parte, Bonaparte tendrá que hacer un nuevo juego, una guerra á sus expensas... Finalmente, hay una consideración que borra todas las demás, y es que la insurrección española suspende sobre la cabeza de Bonaparte una espada de Damocles, pudiéndose cortar á cada instante el cabello del cual pende.» Verdad es que Napoleón era aliado del Czar, pero Austria sabía el poco caso que debía hacer de semejante alianza. La erección del gran ducado de Varsovia y la constitución que Napoleón le había otorgado eran un sentimiento, á la vez que una esperanza, para el resto de Polonia, y, por consiguiente, un motivo de inquietud para Rusia. El pueblo alemán, que hasta entonces había asistido á la lucha con cierta indiferencia, empezaba á ver en Francia un enemigo nacional, y en sus príncipes hereditarios, bajo cuya opresión había estado, los representantes de la antigua Germania, cuya existencia estaba amenazada. El movimiento partía de las Universidades, desde las cuales se extendían por toda Alemania folletos, odas, y principalmente cantos, que iban á despertar hasta en las cabañas el amor á la patria y el odio al extranjero. Un profesor y poeta, Mauricio Arndt, organizó en 1807 una sociedad secreta, á la que dió el nombre de *Tugend-Bund*, Asociación de la Virtud.

Estaban ya muy distantes los tiempos en los que, tanto los sobrevivientes de la antigua escuela literaria como los representantes de la moderna, literatos y filósofos, Kant, Fichte, Hegel, Klopstock, Schelling, Goethe y Schiller, saludaban el sacudimiento de 1789, destinado á organizar la sociedad «por medio de la razón;» y sin embargo, la Asociación de la Virtud se proponía, no sólo preparar á Alemania para su emancipación, sino obligar á los príncipes á que aceptasen reformas políticas y sociales que en el fondo eran idénticas á los principios de la Revolución francesa. El gobierno prusiano, por el decreto de Memel (1807), dió la señal de esta reforma. Aunque en general tales principios eran mal vistos por la aristocracia alemana,

el *Tugend-Bund* contó entre sus afiliados á la mayoría de los que, nobles ó plebeyos, debían contribuir unidos á la obra de rechazar al invasor. Contáronse entre ellos Stein, Blücher, los antiguos ministros Hardenberg y Scharnhorst, el duque de Brunswick-Oels y el mayor Schill. La Asociación de la Virtud no era por cierto la única que perseguía este fin, y una de estas sociedades se había fundado bajo la protección de la reina Luisa de Prusia, olvidando los Alemanes que ella era una de las principales causas de su postración, para recordar únicamente sus nobles sentimientos y su dolor patriótico, que debía llevarla á la tumba á la temprana edad de treinta y cuatro años (1810) y convertirla, como diría Kørner, en el «ángel de la patria y de la venganza.» Justo Grener, uno de los caudillos de este movimiento patriótico, fué nombrado director de policía en Berlín. Los soberanos comenzaban á comprender la fuerza de las ideas, que en un principio habían rechazado con temor y desprecio, y las reformas de Stein empezaban á dar ya sus naturales resultados. Preparáronse todos para los grandes acontecimientos por un trabajo de regeneración moral que la juventud de las Universidades buscó en la alta moral de Kant. En 1808, su discípulo Fichte dió á luz su *Discurso al pueblo alemán*. No era éste un llamamiento á las armas, pero en él decía: «Es en verdad necesario reformar el ejército y reorganizar la hacienda, pero ante todo precisa transformar al pueblo alemán... No es ni la fuerza bruta, ni la cualidad de las armas, sino el vigor del espíritu, lo que reportará la victoria. Si persistís en vuestra presunción y en vuestra molicie, os esperan todos los males de la servidumbre y terminaréis por aniquilar vuestra propia patria; pero si os proponéis ser hombres, veréis todavía florecer una generación que restaurará nuestra nacionalidad.» Antes que él, Gentz, en 1805, escribía en sus *Fragmentos de una historia del equilibrio político de Europa*: «Desunidos, estamos perdidos; unidos, nos levantaremos de nuestra postración; pero para que las energías políticas de Alemania marchen al unísono, precisa que exista una voluntad nacional. Vosotros, habitantes de Alemania, todos los que lleváis erguida vuestra cabeza, todos los que os halláis dispersos por la tierra, aunque unidos por la mancomunidad de tendencias, representantes legítimos de nuestra nación, abrid los ojos. Ante vosotros se abre un hermoso hori-

zonte; aunad vuestras fuerzas en pro de la patria. No busquéis un triunfo inmediato. Pensad que una sola palabra pronunciada á tiempo puede resucitar á los pueblos y despertar en razas enteras el fuego sagrado, oculto bajo la ceniza. Imposible es de todo punto que un pueblo como el nuestro no se rehaga de su vergonzosa ruina.»

Los aliados alemanes de Francia, vejados por las quintas y las contribuciones de guerra, eran más desgraciados aún que sus propios enemigos. El mayor Dornberg, jefe de la guardia de Jerónimo, rey de Westfalia, estaba afiliado al *Tugend-Bund* y había tramado un complot con el duque de Brunswick y el mayor Schill. En su virtud, á la primera señal, Dornberg sublevaría la guardia de Jerónimo, le haría prisionero y expulsaría las guarniciones francesas de la Confederación del Rin. Por su parte, el mayor Schill debía sacar la guarnición de Berlín y marchar sobre Magdeburgo, mientras que el duque de Brunswick sublevaría Bohemia y Sajonia y organizaría las guerrillas germánicas. El conde Felipe Stadión, presidente perpetuo del ministerio austriaco, empleaba todo su talento y actividad en procurar enemigos á los franceses.

Los Tirolesees gemían bajo el yugo bávaro, indignándose ante las reformas administrativas y religiosas, contrarias á las costumbres del país. Este pequeño pueblo de montañeses y cazadores, valiente, enérgico, endurecido en el trabajo y acostumbrado desde pequeño al manejo de las armas, esperaba sólo una ocasión para levantarse en favor del emperador Francisco, su legítimo soberano, jefe de la casa de Hapsburgo, á la cual le unían los seculares lazos de una lealtad caballeresca. Hormayr representaba en Viena sus intereses. Un poeta austriaco, Collin, excitaba hasta el entusiasmo sus sentimientos con sus cantos patrióticos, que le hicieron rival de Arndt y de Körner. En la misma Italia empezaba á notarse agitación.

Austria, por otra parte, era militarmente más fuerte que en el año 1805. El archiduque Carlos, ministro de la Guerra desde 10 de Febrero de 1801, había reorganizado el ejército, elevando su contingente á 300.000 hombres en activo, creando una *landwehr* (reserva) que podía ascender á 200.000 y formando milicias nacionales. Se habían fundido un millar de cañones y construído un inmenso material de guerra, el cual permitía con razón al Austria considerarse

como la nación mejor armada de toda Europa. La fraternidad de las armas había contribuido á que naciesen, entre los distintos pueblos que constituían la monarquía austriaca, sentimientos comunes que tendían á estrechar su unidad.

La actitud de Rusia, las ideas de Alemania, la situación de España, los subsidios de Inglaterra y la propia confianza que Austria tenía en sus fuerzas, no eran los únicos móviles que la impulsaban á declarar la guerra. Algunos franceses, residentes en París, mandaron á Viena, San Petersburgo y Berlín, notas detalladas, que lograron escapar á las pesquisas de la policía, en las que se indicaba que los



M. de Champagny, duque de Cadore

restos del partido jacobino y del partido realista estaban dispuestos á unirse para destronar á Napoleón, aprovechando el más pequeño fracaso. No faltaban jefes audaces á estos conspiradores expectantes. Con una temeridad inconcebible, Andigné, Suzannet, Bourmont, Hugant de Saint-Mars, Carlos de Frotté, Auteroche, Girod y Michelet-Moulin lograron evadirse del fuerte de Joux, en Enero de 1805. El general Malet perseguía la idea fija que debía realizar en 1812; otros más impacientes ó menos prudentes, como Arnaud de Chateaubriand, el conde de Goyon y el fiel criado Quintal, sorprendidos por la policía imperial, fueron fusilados en la llanura de Grenelle el Viernes Santo de 1809. La oposición legal se dejó sentir palpablemente en la discusión del Código de Enjuiciamiento criminal, en cuya votación resultaron cien votos en contra, en un total de doscientos ochenta votantes, en vez de doce ó quince que acostumbraban á resultar.